

lio paterno de Donoso, y donde el Sr. Quintana tenía al lado de su familia un refugio contra las tormentas políticas de aquel entonces.

Alternando así sus áridos estudios de jurisprudencia con estas deleitosas ocupaciones, vió terminada su carrera de Jurisprudencia á los diecinueve años, edad en la cual, según los reglamentos de la época, no podía obtener título, ni por consiguiente ejercer la profesión de abogado. Las leyes y los hábitos de nuestra España le negaban todavía los derechos de hombre: la fama de su talento le conquistó, sin embargo, los de maestro. He aquí cómo.

Reinstalábase en 1829 el ya citado Colegio de Humanidades de Cáceres, cerrado desde 1823, y el Sr. Quintana fué invitado á desempeñar la cátedra de Literatura creada en sus nuevos estatutos: pero ya fuese porque no le conviniera aceptar este encargo, ó porque, en su justo orgullo de maestro afortunado, quisiera dar á su discípulo una alta prueba de estimación y confianza, el hecho es que le recomendó como el más digno de sustituirle. La recomendación fué atendida; y lo fué de tal manera, que no solamente se confirió á Donoso la cátedra citada, sino que se le encargó pronunciar la oración inaugural, con que solemnemente se celebró la reinstalación del Colegio.

Entonces le conoció el autor de esta noticia. A setiembre de 6

¿Os parece que promete mucho? Pues leed el discurso, y veréis que cumple mucho más de lo que promete; porque hace nada menos que un brillante resumen de la historia de la civilización, desde la caída del imperio romano; y en cada una de las épocas culminantes, que por cierto sabe enunciar y caracterizar tan exacta como concisamente, hace una especial aplicación de las distintas fases que ha ido recorriendo la literatura; y os pone en el secreto de la recíproca influencia que ejercen entre sí la constitución social y política, y la literatura de un pueblo y de una época determinada. De estas series de paralelos, os deduce las diferencias esenciales y accidentales que debe haber y hay entre las literaturas de diversas épocas y de diversos pueblos. Os describe el carácter de la poesía sensual de la Grecia, "pueblo brillante, siempre amado de las gracias y mecido de ilusiones", os presenta el contraste de esta poesía sensual, de formas pulcras, de regulares y ordenadas proporciones, con la ruda poesía nacida de los siglos bárbaros, menos bella, pero más enérgica; menos risueña, pero más humanas: y embebecido ante el espectáculo seductor de la primera, y exaltado ante la vigorosa y trascendental energía de la segunda; viendo claramente que aquélla es pasada con la civilización que le dió vida; y que esta otra, fecundada por los siglos ulteriores, es la única fuente de ori-

discurso revolucionario. Para su autor, de seguro no han sido después completamente aceptables el espíritu con que está pronunciado, las doctrinas que sustenta, ni los fines que se propone; pero es indudable que si alguna vez en sus últimos días se dignó echar una desdeñosa mirada sobre su propia obra, todavía habrá encontrado que envidiar en ella la ardiente, la poética energía, las nobles esperanzas que daban vida y vigor á aquellos acentos de su pasada juventud. Habrá visto también, no sin compasión de sí propia, la tintura de racionalista que debía á su educación literaria; pero habrá siempre mirado con placer y con orgullo aquellas páginas en que, á despecho de su filosofismo, ensalza y preconiza la austeridad del Evangelio, dilatando su alma por las serenas regiones del mundo cristiano; aquellas otras en que tan elocuentemente apolo-giza á *Pedro el Ermitaño* y las *Cruzadas*, espíritu vivificante del siglo que vió nacer la brújula, el derecho civil y político, la imprenta, las ciencias, las artes; se habrá complacido en ver cómo, en los primeros pasos de su vida, lanzaba el anatema sobre el cínico Ginebrino, á quien llama el más terrible, como el más seductor y elocuente de los sofistas; y el desdén con que trata á los autores de la *Enciclopedia*; y el sentimiento de rectitud que si no le impedía llamar brillante al siglo XVIII, le enseñaba que en ese siglo; al lado de todas las verdades y de todas las virtudes, estaban también divinizados todos los errores y todos los crímenes.

Aquí se ve el germen de un eclecticismo propio, individual del Sr. Donoso, cuyo carácter no es tanto la elección dogmática entre los varios principios que la sola razón le suministra, como cierta aspiración constante á fundir en uno su razón filosófica y su instinto cristiano. Las luchas interiores á que esta aspiración le condena las veremos, ora vagamente definidas, ora plenamente manifiestas, en todo el progreso de su vida intelectual. El último período de su existencia no es más que el término definitivo de esta lucha; no es más que la victoria decisiva del instinto del cristiano contra la razón del filósofo.

Parece que quien tan lucidamente inauguraba su magisterio, debía haber tenido muchos oyentes en su cátedra; pero su asignatura no se computaba entre los cursos académicos de Filosofía, sino que era puramente de adorno; y esto explica un hecho que de otro modo sería increíble; y es que no abrió su cátedra más que con dos discípulos. A mediados del curso escolar, ya no tenía más que uno. Este uno era el que os está hablando, lectores míos.

Todavía es, y muchas veces pienso qué idea le movía, ó qué sen-

timiento le sustentaba, cuando haciéndome acudir diariamente y con puntualidad al aula espaciosa donde estaba su cátedra, me tenía sentado sobre el banquillo hora y media, pronunciándome un discurso didáctico, del cual puede figurarse el lector lo que se alcanzaría á un chico de diez años. Preciso es que obrara en él con mucha fuerza la conciencia de su deber para llevar tan adelante la formalidad de su empeño; si ya no es, y esto parece más probable, que se aprovechara de aquella cuasi soledad para hacerse á sí propio prueba y ensayo de sus fuerzas. Los lectores perdonarán la prolijidad de este recuerdo, grabado en el alma del que escribe con indeleble sello de gratitud y de ternura.

Durante aquel curso, y á principios del año 1830, contrajo el tierno afecto que terminó en su enlace con la Sra. D.^a Teresa Carrasco, hermana del personaje político que después fué Conde de Santa Olalla. Dios no quiso dejarle gozar largo tiempo la felicidad doméstica que abundantemente le ofrecían las virtudes de su bella y angelical esposa, y las gracias infantiles de una niña, único fruto de su matrimonio. La muerte le arrebató primero á su hija, y luego, en el veí ano de 1835, á su esposa, como si el cielo hubiera querido avisarle que su peregrinación por el mundo debía ser una especie de solitario sacerdocio y una misión sin rivales.

Terminado el año académico, y cumplido por consiguiente su empeño en el Colegio de Cáceres, se trasladó con su esposa á Madrid, donde ya bullía, bien que tímida y sordamente, la brisa mensajera de los huracanes políticos que iban á trastornar el fondo y la forma de nuestra patria. Bien pronto el joven catedrático de literatura tomó puesto distinguido en el círculo literario que iba, por decirlo así, condensándose, como una falanje preparada para convertirse, á la primera ocasión favorable, en heraldos ó ministros del nuevo orden de cosas que despuntaba. Solícito y animoso, acudió á todas las lizas en que se disputaba el premio del talento; y á los apreciables esfuerzos que entonces hizo por alcanzarlo debemos sus escasos, pero no indiferentes ensayos poéticos que vieron la luz pública, tales como su *Elegía* inserta en la corona fúnebre de la Duquesa de Frías; otra dedicada á Meléndez; sus odas á la Reina Cristina y á la proclamación de la Reina Isabel; y por último, su ensayo épico el *Cerco de Zamora*, que escribió en ánimo de concurrir al certamen abierto con designación de aquel asunto por la Academia Española, y el cual, según consta del prólogo que le precede, no llegó á ser presentado en el concurso.

Sin pararnos en apreciar el mérito de estas poesías, á las cuales,

por otra parte, su autor nunca dió tampoco grande importancia, y pareciéndonos por lo mismo extrañas en cierto modo al cuerpo de estas obras, hemos creído oportuno y adecuado ponerlas por vía de *Apéndice* en el último tomo.

II

Veníase entretanto á más andar, preñado de tempestades y lleno de esperanzas, el tercero y último período de nuestra revolución, en lo que va del presente siglo XIX. La Monarquía hereditaria y tradicional, en la vecina Francia, acababa de dejar el puesto á otra Monarquía electiva y revolucionaria: y, al impulso de este nuevo y definitivo arranque del liberalismo francés, todas las naciones de Europa, cuál más, cuál menos, habían experimentado cambios ó arrostrado peligros de grave consecuencia. En España, estos sucesos coincidían con la existencia de un trono minado por conspiraciones domésticas, ocupado por un Monarca débil y enfermo y rodeado por la impaciente expectativa de un partido ducho en asimilarse todos los elementos que no le eran irreconciliablemente hostiles, con agravios que vengar, gran propagador de esperanzas halagüeñas, más activo que sus adversarios, y tal, en fin, como le necesitaban los nuevos intereses que nacían en torno del lecho del moribundo Monarca, cuyos ojos turbados buscaban, en su última hora, vengadores de sus enemigos y tutores de su hija y heredera. Al doloroso y tímido clamor de aquel Rey moribundo, repetido por los labios de una Reina joven y hermosa, respondieron, como otros tantos ecos de amistad y de concordia, la voz de las tradiciones y el grito de las esperanzas.

La educación, los instintos, los intereses, las aspiraciones del joven literato, le llamaban, no solamente á mezclar su voz en aquel universal concierto, sino á señalarse de un modo especial: y esto fué cabalmente lo que intentó y consiguió cuando en aquellos críticos días del otoño de 1832 dirigió á Fernando VII una *Memoria sobre la situación actual de la Monarquía*, cuyas ideas y forma produjeron en los círculos políticos de entonces placer á unos, indignación á otros, y á todos gran sorpresa. Los enemigos del nuevo orden de cosas que se preparaba le miraron como un adversario temible, y los amigos como un auxiliar poderoso. Todos fijaron su vista con interesada curiosidad en aquel casi imberbe consejero que levantaba hasta el regio solio tan osado y magistral acento.

“La Providencia—decía,—que guarda en la profundidad de su

„seno el secreto del destino de los hombres, y que siembra á la vez „de flores y de escollos el áspero camino de la vida, ha reservado „también la copa del infortunio para los labios de los Reyes... „Apenas V. M. ocupó el Trono que había heredado de una larga „serie de ilustres antecesores, cuando una lucha espantosa empezó „á llenar de sangre la arena de este desgraciado suelo; y en vez de „los escombros que amenazaba producir, sólo sirvió de ocasión „para que V. M. pudiese entonar el himno de la victoria, coronado „de laureles. Napoleón había cubierto con su sombra la luz del „horizonte europeo: su mano de bronce amenazaba esclavizar á la „Europa toda, que se postraba ante sus pies como se postró el „hombre ante el destino: su grandeza eclipsaba todas las grandezas „de la tierra, y su planta inflexible hollaba de la misma manera los „cetros de los Reyes y las frentes de los pueblos: habiendo visto „derramar la sangre de su Rey y abismarse un Trono sustentado „por cien generaciones, él creyó que la hora era llegada de colocar „la diadema de San Luis sobre la frente de un vasallo: él la colocó „sobre su frente; y sentada la usurpación sobre el Trono, y no pudiendo coronarse con la gloria de diez siglos, se coronó con los „rayos de su gloria. El mundo fué su víctima: la esclavitud su trofeo: „los Reyes perdieron su poder; su independencia las naciones. Llegó, en fin, la hora de Fernando y de su España: el usurpador la „pidió el tributo de su independencia y de su Rey: pero ella vengó „á su Rey de su opresión, y al mundo de su tirano. Señor, vuestra „majestad gobierna todavía con su cetro á esta nación magnánima „y generosa, que responderá siempre con un *jamás* á la usurpación „y alevosía: este *jamás* resonará en los oídos de la posteridad, „como la sentencia de un gran pueblo lanzada contra el pérfido „que ataque su existencia nacional, ó los sagrados derechos de „su Rey...”

No puede negarse que hay en este exordio tanta habilidad como retumbancia, si se considera que quien piensa acabar por pedir al Rey la convocación de Cortes, no podía empezar mejor que lisonjeando el regio orgullo con el recuerdo de los hermosos días en que, bajo su enseña y vitoreando su nombre, salvaron los españoles de la ruina y del oprobio su Trono y su persona. No menos hábil es recordar en seguida, como lo hace, los recientes agravios inferidos á Fernando por los que conspiraban contra la herencia de su hija; pintando con fuerte colorido las angustias y peligros que entonces rodearon su lecho de dolores; cargando la mano, como puede suponerse, sobre los inmediatos autores de aquella situación; y procu-